

INTRODUCCIÓN

Los datos estadísticos oficiales sobre la religión católica se publican en el Anuario Pontificio¹. Su lectura permite concluir que asistimos a un crecimiento global del número de bautizados, que va en paralelo con el aumento de la población mundial: hay más católicos en números absolutos, pero no cambian los porcentajes en números relativos. Si añadimos los datos de los catecúmenos que se incorporan en la Vigilia Pascual en algunas diócesis del mundo², se constata el florecimiento de la iniciación cristiana de adultos. La Iglesia universal y cada iglesia particular aguarda expectante a la Noche Santa de Pascua para asistir al “parto” de quienes van a renacer del agua y del espíritu (Jn 3,5) para convertirse en hijos de la luz (Jn 12,36; Ef 5,8; 1 Ts 5,5). Un nacimiento que debe ser preparado y acompañado por toda la comunidad cristiana.

Como ya ocurrió en los primeros siglos, persiste el reto evangelizador de acoger a quienes buscan la fe de la Iglesia o de fortalecer a los que perseveran en ella, de cualquier edad o condición. Continúan vivas aún muchas cuestiones en la pastoral de la Iglesia: ¿cómo preparar la catequesis de niños y adultos?, ¿de qué manera se puede promover la responsabilidad misionera

1. *Anuario pontificio per l'anno 2015*, Tip. Poliglotta Vaticana, Roma 2015. Los datos corresponden al 31 de diciembre de 2012: 1.228.621 de católicos, con un aumento de algo más de 15 millones.
2. Basten estas catas publicadas en las webs oficiales. En Hong Kong el Cardenal Tong habla de 3600 adultos en la Vigilia de 2015 (cfr. *Carta pastoral*, 1.04.2015, en www.catholic.org.hk). La Conferencia Episcopal de Estados Unidos menciona dos datos: 39654 catecúmenos (2015) y la recepción a la plena comunión con la Iglesia Católica de 66831 (2013) en www.usccb.org. Los datos de la Conferencia Episcopal en Francia recoge cifras del año 2012, con 19704 bautismos de personas mayores de 7 años (www.eglise.catholique.fr).

en las comunidades cristianas?, ¿en qué orden convendría administrar los sacramentos de iniciación?, ¿cómo reconstruir los canales de transmisión de la fe (familia, parroquia, colegio) para las nuevas generaciones? Estas inquietudes subyacen en este Manual –porque la teología, como actividad eclesial, no puede desentenderse de la vida y del mundo–, pero no se afrontan directamente. Nuestro propósito es presentar el bautismo y la confirmación, entroncándolos con las fuentes de la Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia. La pastoral tiene voz en este ámbito, pero quizá se ha caído en soluciones algo precipitadas que requieren clarificación teológica. De hecho, asistimos a una paradoja: ¿cómo es posible que el Magisterio y buena parte de la teología defiendan unos principios acerca del orden, la edad y el ministro de estos sacramentos... y la praxis vaya por otro camino en casi todas las iglesias? Confiamos en que la teología que parte de la liturgia pueda realizar su aportación fructífera.

El **contenido** del Manual está articulado en tres Partes. La **Parte I** recorre la Sagrada Escritura y analiza los textos principales sobre las promesas de salvación (AT, cap. 1) y su cumplimiento en Cristo y en la Iglesia naciente (NT, cap. 2). Este modo de explicar era el que utilizaban los Padres de la Iglesia, receptores de la herencia apostólica e intérpretes de la fe verdadera. La **Parte II** estudia el desarrollo histórico, celebrativo y teológico del bautismo y de la confirmación desde el s. II hasta nuestros días, con especial detenimiento en los primeros siglos (cap. 3), momento clave donde se ponen las bases (ritualidad y catecumenado) de la fe celebrada en la iniciación. La **Parte III** es una exposición sistemática sobre los tres sacramentos de la iniciación: el bautismo como puerta de los sacramentos y la confirmación como la perfección bautismal (cap. 6), en vistas de la Eucaristía, culmen del proceso (cap. 7). Lógicamente hemos tratado del sacramento de la Eucaristía solo como horizonte de la iniciación. En la asignatura específica *De Eucharistia* se abordan las cuestiones clásicas del tratado.

Como ocurre en las demás publicaciones de manuales del ISCR, en cada uno de los temas hay un Anexo final con **Textos** para el comentario, **Vocabulario** y **Preguntas** sobre el contenido. Estas herramientas ayudarán a la comprensión y al estudio. Hay textos con una letra en menor tamaño: corresponden a citas largas o a explicaciones de menor relevancia.

Al final de estas páginas el lector encontrará la **Bibliografía fundamental** que hemos utilizado (Manuales, Fuentes litúrgicas y Magisterio).

- *El concepto de iniciación cristiana*

La iniciación antes que una institución eclesiástica es una **categoría antropológica** universal. La antropología cultural, la etnología o la fenomenología de las religiones se han interesado por esta constante antropológica. Estas ciencias humanas han descubierto momentos de la existencia humana particularmente expresivos, como pasos a una nueva situación del individuo. Así sucede en distintas culturas y tradiciones con la entrada de los jóvenes en la madurez y en la sociedad adulta. También lo vemos en ejemplos de nuestra experiencia cotidiana: personas que entran a formar parte de una forma de vida, ya sea en el ámbito familiar (los esposos), laboral (la profesión), o deportiva (los hinchas).

También la **etimología** viene en nuestra ayuda: **iniciación** procede del sustantivo latino *initium* (principio, inicio) que deriva a su vez del verbo *in-ire* (entrar) y que expresa la idea de introducir a alguien en algún lugar o estado. Algunos autores latinos clásicos empleaban el plural *initia* para designar los sacrificios religiosos o misterios, es decir, un conjunto de ritos por los que alguien era agregado al grupo de los iniciados y se hacía beneficiario de los bienes de salvación que derivaban del ingreso. Con el desarrollo de las religiones místicas del periodo helenístico-romano de los siglos IV a.C. a II d.C. (el culto a Mitra, a Cibeles o los cultos místicos de Eleusis), sobre todo en Grecia y en su ámbito de influencia cultural, el lenguaje de la iniciación se monopoliza en torno a la idea de **entrar** en un grupo con las siguientes **características**:

- Es un **grupo** previamente formado que posee una **misión**, unas **costumbres** transmitidas, y un **lenguaje** verbal y simbólico.
- Las **tradiciones** son transmitidas normalmente por los mayores, testigos y garantes de la memoria del grupo.
- El grupo está en contacto con un **arquetipo** definido, es decir, con un conjunto de historias, mitos o acontecimientos de tiempos antiguos.
- Para entrar en contacto con el arquetipo necesitan de la **memoria** (anamnesis) a través de un **rito**.
- El simbolismo de los ritos de iniciación expresa la **muerte** y el nuevo **nacimiento** místico a un tipo de vida superior.
- El recién iniciado adquiere **conocimientos** y una **nueva identidad** que se expresa también en la imposición de un nombre: el iniciado sale del rito convertido en 'otro'.

Para expresar esta idea los Padres griegos utilizaron dos términos: *myeo* (iniciar a los misterios) y *teleo* (completar, perfeccionar, iniciar). Sin embargo, al principio, estos términos no se aplicaban jamás a los ritos cristianos del bautismo o de la Eucaristía. Solo cuando las religiones místicas perdieron su auge y el mensaje cristiano no podía ser confundido con ellas, los **Padres de la Iglesia asumieron este lenguaje**. En el ámbito griego lo encontramos primero en Clemente de Alejandría (s. II-III) respecto al **bautismo**, y en Orígenes (s. III) quien incluye la **Eucaristía**. Acaba por ser un lenguaje consolidado a partir del s. IV en los Padres Capadocios y en Juan Crisóstomo. Entre los padres latinos destacan Ambrosio y Agustín, quienes lo utilizan en sus obras literarias –no en su predicación– para hablar solo de los **ritos sacramentales**.

Como veremos en la parte histórica, será **L. Duchesne** quien ponga de nuevo en circulación la noción de iniciación cristiana de los Padres en su obra *Los orígenes del culto cristiano* (París, 1889). Con **iniciación** –afirma este autor– se designa ya desde finales del s. II el conjunto de los **tres ritos** (bautismo, crismación y primera comunión), la **preparación** a tales ritos y al **proceso formativo-ritual** completo. El prestigio de Duchesne dio carta de ciudadanía a la expresión “iniciación cristiana” entre los liturgistas, a partir de 1930; los teólogos se suman dos décadas después de la mano de **Louis Bouyer**. Gracias a la obra de este último, la iniciación aparece como **introducción** del hombre en el **misterio** que lo hace capaz de actos de oración, de ofrenda y de comunión, es decir, una **habilitación** para participar activamente en la Eucaristía a través del bautismo y de la confirmación, durante la Vigilia pascual (cfr. *La vie de la liturgie: Une critique constructive du Mouvement liturgique*, Cerf, Paris 1956). El Concilio Vaticano II ha recibido este concepto de iniciación cristiana y lo ha recogido en sus documentos, del que seleccionamos este parágrafo del decreto *Ad gentes*:

“Liberados luego, por los sacramentos de la iniciación cristiana, del poder de las tinieblas (cfr. Col 1,13), muertos, sepultados y resucitados con Cristo (cfr. Rm 6,4-11; Col 2,12-13; 1P 3,21-22; Mc 16,16), reciben el Espíritu (cfr. 1 Te 3,5-7; Hch 8,14-17) de hijos de adopción y celebran con todo el Pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor” (n. 14).

Después de esta presentación podemos apreciar lo **distintivo** de la iniciación cristiana.

- Su especificidad radica en su **finalidad**: hacerse cristianos (que no es un hecho natural) significa **ser injertados en el misterio de Cristo muerto y glorioso** (que no es un mito, sino que tiene raíz en la historia real de la hu-

manidad), cuyas acciones perviven en la eternidad del Verbo Encarnado (*Catecismo*, n. 1085).

- La **Iglesia** no es un grupo social cerrado ni una simple institución, sino un **misterio de la redención** obrada por su Esposo y Cabeza, a la que Ella permanece ligada indisolublemente para siempre. La manifestación de esta iglesia particular se visibiliza en la asamblea litúrgica en torno a su obispo. Ella se sabe enviada a anunciar el evangelio a todas las gentes.
- La Iglesia no **transmite** un conjunto de ideas y creencias, sino un **depósito de fe**, que comprende su doctrina, su vida y su culto, todo cuanto ella es y cuanto cree (cfr. DV, 8). Sus **misterios** son sus **sacramentos** y quienes se inician en ellos se hacen **miembros** de la comunidad local y entran en **comunión** con la Iglesia universal, para ofrecer la memoria cultural del único sacrificio de nuestra redención.
- Es necesaria una iniciación para entrar en esta íntima **relación filial, sponsal y orgánica** para convertirse en hijos del Padre, miembros vivos de Cristo, templos del Espíritu Santo.

Una lectura atenta de los nn. 1-6 del RICA ayudará a entender más aún las diferencias la iniciación (de los adultos, en este caso) respecto a otros procesos iniciáticos.

Como recuerda el libro litúrgico vigente para la iniciación cristiana (nn. 1-2):

“El Ritual de la Iniciación Cristiana, que se describe a continuación, se destina a los adultos, que, al oír el anuncio del misterio de Cristo, y bajo la acción del Espíritu Santo en sus corazones, consciente y libremente buscan al Dios vivo y emprenden el camino de la fe y de la conversión. Por medio de este Ritual se les provee de la ayuda espiritual para su preparación y para la recepción fructuosa de los sacramentos en el momento oportuno”.

“El ritual no presenta solamente la celebración de los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, sino también todos los ritos del catecumenado, que probado por la más antigua práctica de la Iglesia, corresponde a la actividad misionera de hoy y de tal modo se siente su necesidad en todas partes, que el Concilio Vaticano II mandó restablecerlo y adaptarlo de acuerdo a las costumbres y necesidades de cada lugar”.

Nuestro punto de referencia será, por tanto, la iniciación de adultos, tal como se ha celebrado en Occidente y en el rito romano. En ocasiones haremos referencias a la tradición en Oriente, en general, o a algunas de las familias rituales en particular.

Agradezco el ánimo y el asesoramiento recibido de mis colegas de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, especialmente de los Prof. Félix María Arocena y José Luis Gutiérrez-Martín (ahora profesor en el *Istituto di Liturgia* de la *Pontifica Università della Santa Croce*, Roma). También es justo reconocer la ayuda de Alberto Portolés, lector insaciable de las primeras pruebas de esta obra y buen conversador. Y, ciertamente, mi agradecimiento a los alumnos de la Facultad durante los cursos académicos 2016-2019: aunque no dispusieron de este texto, fueron los primeros en beneficiarse de su enfoque y de los primeros intentos de poner orden en una cuestión tan preciosa como actual. Sus intervenciones y sus preguntas no han caído en saco roto.

El Autor

29 de junio de 2019

Solemnidad de San Pedro y San Pablo